

**Jueves X del TO**  
**Ciclo B**



13 de junio de 2024

1Re 18, 41-46

Sal 64

Mt 5,20-26

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Libro de los Reyes en estos días nos hemos encontrado con el rey Ajab y el profeta de turno, que en este caso es Elías. Del Rey Ajab se ha dicho el juicio más severo que recibe un rey de Israel: «*Ajab hizo lo que el Señor reprueba, más que todos sus predecesores. [...] Fue a rendir culto a Baal y se postró ante él; erigió un altar a Baal en el templo que había construido en Samaría...*»<sup>1</sup>. Luego, para que nos situemos, el autor ya ha dado su juicio sobre este rey para nosotros los lectores.

Ante esta situación, aparece Elías y le anuncia al rey Ajab una sequía sinigual. ¿Por qué? Porque el dios Baal era representado como el dios de la tempestad, y, por tanto, de la lluvia y la fertilidad. La sequía anunciada por Elías demostrará la impotencia de Baal y el pueblo aclamará: «*¡El Señor es el Dios verdadero!*»<sup>2</sup>. Será entonces cuando Elías podrá pedir y obtener que vuelva las lluvias, que es lo que el relato de hoy describe.

Jesús en el Evangelio nos dice que en la relación con Dios lo externo no es lo definitivo, lo decisivo es la actitud del corazón. Con el ejemplo del «*no matarás*» Jesús plantea la exigencia desde otro punto de vista. Es la actitud interna, la de estar airado con el hermano, la que merece ya el juicio. Para el reino se requiere el «*limpios de corazón*», como un momento antes había dicho en las bienaventuranzas<sup>3</sup>. En el reino de Dios, el desprecio manifestado hacia el hermano es como el homicidio. No basta, pues, cumplir la Ley, que ordena «*no matarás*». Es necesario, además, arrancar de nuestra vida la agresividad, el desprecio al otro, los insultos o las venganzas. Aquel que no mata cumple la Ley, pero, si no se libera de la violencia, en su corazón no reina todavía ese Dios que busca construir con nosotros una vida más humana. Y es que se está extendiendo en la sociedad actual un lenguaje que refleja el crecimiento de la agresividad. Cada vez son más frecuentes los insultos ofensivos, proferidos solo para humillar, despreciar y herir. Palabras nacidas del rechazo, el resentimiento, el odio o la venganza<sup>4</sup>.

Por otra parte, las conversaciones están a menudo tejidas de palabras injustas que reparten condenas y siembran sospechas. Palabras dichas sin amor y sin respeto que envenenan la convivencia y hacen daño. Palabras nacidas casi siempre de la irritación, la mezquindad o la bajeza.

---

<sup>1</sup> 16, 30-32

<sup>2</sup> 18, 39

<sup>3</sup> Cfr. 5,8

<sup>4</sup> JOSÉ A. PAGOLA. *No a la guerra entre nosotros*. En [www.religiondigital.org](http://www.religiondigital.org)

No es este un hecho que se dé solo en la convivencia social. Es también un grave problema en el interior de la Iglesia. El Papa Francisco sufre al ver divisiones, conflictos y enfrentamientos de «cristianos en guerra contra otros cristianos». Es un estado de cosas tan contrario al Evangelio que ha sentido la necesidad de dirigirnos una llamada urgente: «No a la guerra entre nosotros»:

*«Me duele comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odios, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?»<sup>5</sup>.*

Cuando el insulto llega a excluir al otro del propio trato, dice Jesús que merece la pena definitiva. «*El quemadero*», la gehenna, tomó su nombre del valle Gehinnon, y era el gran quemadero de basuras de Jerusalén; había pasado a ser símbolo del castigo definitivo, concebido como la destrucción por el fuego.

Creo que es dramáticamente claro el mensaje de Jesús para nosotros. Creo está meridianamente claro. Para Jesús, es inútil acercarse a Dios si existe la división entre nosotros. Nos advierte sobre las consecuencias para el que está en la situación de no reconocer esa división (cuando está presente) ni procurar la reconciliación. Cuando no se ataja la discordia, su efecto recaerá sobre el que no ha querido dar el paso para lograr la paz.

---

<sup>5</sup> FRANCISCO. *Evangelii Gaudium*. Exhortación Apostólica, 100. Roma, 2013